

Naief Yehya*

TECNOEROTISMO

De la sociedad victoriana a la era de la hiperinformación

La utopía de que el sexo puede volverse más placentero, más intenso y abundante le debe mucho a los avances tecnológicos. Como Naief Yehya muestra en este recorrido por los últimos dos siglos de historia, las relaciones entre sexualidad y tecnología son una constante que alienta toda clase de fantasías, delirios y prohibiciones

<http://www.nexos.com.mx/yehya.html>

En el ocaso del siglo XVIII las excolonias británicas de Norteamérica adoptaron un sistema de gobierno revolucionario para su época y crearon entre sus principales instituciones a la Oficina de Patentes, una dependencia que tenía el objetivo de alentar a los inventores y proteger los derechos de sus creaciones. Mediante este sistema el inventor ya no tenía que tener un mecenas ni ser altruista, sino que podía hacer públicos sus inventos y obtener beneficios económicos de ellos. Esta oficina, un producto de la revolución industrial, fue fundamental en la obsesión del pueblo estadounidense con las máquinas. Inicialmente los inventos registrados por esta sociedad agrícola y estoica tenían que ver con el trabajo en el campo, las armas, el transporte y la conservación de alimentos, pero una sociedad tan reprimida en lo sexual no tardó demasiado en recurrir a la tecnología para crear máquinas para controlar sus deseos, complementar sus necesidades y administrar sus tentaciones. Los dispositivos relacionados con las funciones sexuales tienen una larga historia, desde los falos de hueso de ballena japoneses hasta los condones franceses, pasando por una enorme gama de cinturones de castidad, brasieres, arpones vaginales antiviolaciones, anticonceptivos y productos abortivos. Muchos de estos artículos existían desde hace siglos, los falos de madera y cuero tenían mucha demanda en Grecia desde antes del año 500 A. C. Durante la Edad Media los penes artificiales, conocidos como *passatempos*, *diletto*s y *godemiches*, eran comunes en Europa. Como estos artefactos eran muy exitosos entre las mujeres burguesas, en el siglo XVIII fueron perfeccionados (algunos tenían cámaras internas para agua caliente y otros contaban con funciones mecánicas, con péndulos, contrapesos y esferas para crear un movimiento oscilatorio o vibratorio) y embellecidos (tenían inserciones de plata, marfil y otros metales). La revolución industrial trajo consigo una revolución del sexo mediatizado e introdujo de manera amplia el uso cotidiano de una variedad de dispositivos sexuales como la esponja anticonceptiva, patentada en 1867, o el primer vibrador vaginal eléctrico, el cual se anunciaba en las revistas femeninas desde 1906 (es decir que fue inventado después de la máquina de coser, pero antes de la aspiradora y la plancha eléctrica). Resulta interesante que la electrificación del placer femenino tuviera lugar antes que la mecanización de la limpieza y de otras tareas domésticas. No es que la sociedad victoriana de principios del siglo XX fuera un territorio hospitalario para el orgasmo femenino, sino que el vibrador se vendía supuestamente como una herramienta para que los médicos combatieran la histeria, una terrible enfermedad, cuyos síntomas clásicos eran ansiedad, insomnio, nerviosismo, irritabilidad, pesadez en el abdomen, lubricación vaginal y fantasías eróticas. Las terapias empleadas para aliviar esta terrible aflicción hasta el siglo XVI iban desde mecerse suavemente hasta galopar con violencia a caballo. En 1653, un tratado médico explicaba que convenía que el médico diera vigoroso masaje a los genitales, teniendo en mente que las mejores curas debían producir placer y dolor. La función del vibrador era simplificar una tarea que podía ser agotadora para el galeno y

no provocar orgasmos a la mujer, la existencia de los cuales ni siquiera era reconocida por la ciencia médica. No obstante, los fabricantes de estos vibradores sabían a qué público querían alcanzar al anunciar sus productos en revistas femeninas.

Las patentes de inventos relacionados con las funciones sexuales comienzan a aparecer en el registro a partir del 28 de agosto de 1846, cuando John Beers, un dentista de Rochester, patentó su *wife's protector*, un ingenioso pero rudimentario diafragma hecho de alambre de oro y seda lubricada. El invento de Beers, al margen de su funcionalidad o eficiencia, es importante ya que constituye el primer artículo registrado cuya intención era que la pareja pudiera tener relaciones sexuales sin riesgos, además de que ofrecía a la mujer el control de su sexualidad. Pero como apunta Hoag Levins en su libro *American Sex Machines*, después de Beers muchos otros inventores con espíritu victoriano pusieron a trabajar su ingenio para encontrar nuevos y mejores aparatos que tenían una finalidad diametralmente opuesta: reprimir, controlar y eliminar los deseos sexuales, como calzoncillos con bolsas genitales, anillos para el pene con puntas afiladas, arneses antimastubatorios eléctricos y mecánicos destinados a controlar la lascivia.

Durante la segunda mitad del siglo XIX tuvo lugar en Estados Unidos una guerra sin cuartel en contra de la masturbación, la cual, según algunas autoridades médicas de la época como el doctor Simon-André Tissot, provocaba impotencia, ceguera, sordera e incluso la locura, debido a un aumento de presión en el interior del cráneo que dañaba de manera irreparable el sistema nervioso. Ellen Perkins, la inventora de la *armadura sexual* (un calzoncillo con un compartimiento metálico que podía cerrarse con candado para proteger el área genital del hombre o la mujer y que contaba con una rejilla para permitir el paso de materia líquida), declaró a la Oficina de Patentes: "Es un hecho deplorable pero bien sabido que una de las causas más comunes de la locura, la imbecilidad y la debilidad mental, especialmente entre los jóvenes, es la masturbación o el autoabuso". En ese tiempo se organizaban movimientos nacionales que exigían a los familiares a espiarse mutuamente para desenmascarar a los masturbadores, los cuales podían ser humillados públicamente, encerrados en manicomios o bien castrados. Esta epidemia histérica generó una carrera tecnológica para producir más y mejores dispositivos para detectar y eliminar erecciones así como para mantener alejadas las manos de las áreas genitales. A pesar de que esta ofensiva pretendía tener fundamentos científicos, la realidad es que se trataba de una cruzada moralista que utilizaba a la tecnología como una herramienta purificadora. Paradójicamente muchas de las herramientas de tortura y sometimiento creadas para extinguir el deseo fueron rápidamente recicladas como parafernalia sadomasoquista e incorporadas a complicados rituales eróticos, a intrincados juegos de roles, *bondage* y dominio. No es demasiado arriesgado afirmar que esta cruzada derivó en la obsesión fetichista del pueblo estadounidense y en un delirio sadomasoquista con la tecnología.

La utopía de que el sexo podría volverse más placentero, más intenso y más abundante difícilmente podría cumplirse al introducir en las relaciones un arsenal de estimuladores ginecológicos, anillos constrictores del pene o muñecas y muñecos inflables. En cambio, la aparición de la pastilla anticonceptiva en 1959 diluyó los temores y reservas de muchas mujeres al darles la capacidad de normar su cuerpo y transformar su sexualidad en algo recreativo, controlable y relativamente seguro al separar eficiente-mente el acto sexual de la reproducción. La píldora anticonceptiva sistematizó la protección que antes las mujeres debían confiar a métodos falibles y en ocasiones peligrosos. Si bien la militancia y el activismo político fueron clave en los movimientos femeninos de los años sesenta, en cierta forma no podríamos hablar de liberación femenina de no ser por la introducción y popularización de la pastilla

anticonceptiva. Una revolución de proporciones semejantes tuvo lugar más recientemente con la introducción de las sustancias vasodilatantes que hacían posible alcanzar la erección a muchos hombres que padecían de algún grado de impotencia. Tras dos décadas de experimentar con métodos inseguros y dolorosos para suministrar la sustancia al pene (mediante inyecciones que se aplicaban directamente al cuerpo cavernoso) en abril de 1998 apareció en el mercado una pastilla azul en forma de diamante de sildenafil llamada Viagra. Esta poderosa droga estaba originalmente destinada para personas de edad avanzada o para quienes sufrían de problemas para alcanzar la erección, pero pronto fue adoptada por otro tipo de usuarios sexualmente saludables que la hicieron el eje de una nueva obsesión fálica. La pequeña pastilla se transformó en la poción mágica de la hipervirilidad.

Ahora bien, hay fantasías eróticas que requieren más que un empujón químico, como es la transexualidad, sin duda uno de los casos más extremos de la relación entre tecnología y sexualidad. Otros procedimientos de cirugía tienen la intención de mejorar la eficiencia o atractivo sexual del paciente, como la extensión del pene, la liposucción, los implantes de senos artificiales o la reconstrucción del himen, pero la transexualidad implica que el cuerpo entero es transformado en una réplica del sexo opuesto mediante elementos meramente simbólicos como los cosméticos o la ropa, pero también a través del uso de hormonas y cirugía. La transexualidad se puede dar a diferentes niveles desde el simple travestismo hasta el cambio de sexo total pasando por diversos grados de androginismo. Difícilmente podemos imaginar un uso más radical de la tecnología sexual que para franquear la frontera entre los géneros.

La manipulación de la carne como plastilina para las fantasías eróticas es una práctica tan vieja como las herramientas de piedra que eran usadas para castrar ritualmente a algunos jóvenes en diversas sociedades neolíticas. El código babilónico de Hammurabi, escrito en el año 2000 A. C., ofrece el primer recuento escrito de una castración. Otras referencias a esta práctica aparecen en Egipto alrededor del año 1200 A. C. y en China unos doscientos años más tarde. No obstante, los avances tecnológicos de la actualidad han hecho de este procedimiento brutal una práctica quirúrgica común y, más importante aún, han modificado nuestra percepción del ser, que en cierta forma vemos ahora como el *software* que controla un *hardware* intercambiable, actualizable y eventualmente desechable.

La tecnología no aparece en el territorio de lo sexual únicamente en forma de objetos físicos o productos químicos para estimular o suprimir las sensaciones, sino que aparece desde muy temprano en la cultura en forma de discurso, como texto o imágenes, destinados para servir como intermediarios entre la imaginación y la carne. La tecnología de la escritura, las técnicas de impresión y de reproducción de imágenes han canalizado una infinidad de fantasías eróticas, por lo menos desde el tiempo de los sumerios, quienes hace más de 4000 años plasmaron en escritura cuneiforme poesía cargada de sensualidad en tablillas de barro. A partir de entonces se estableció una relación de dependencia entre las tecnologías de la comunicación y el erotismo. El deseo sexual se transformó en un infatigable motor de la invención y del desarrollo de nuevas y mejores tecnologías. A la vez de que los medios de comunicación comenzaron a volverse indispensables en la vida sexual de las masas. Así, la imprenta, el cine, el video, el CD-ROM e Internet se han desarrollado y perfeccionado en buena medida debido a la fascinación voyeurista que ofrecen y a la demanda de que son objeto. Todos estos medios han florecido en su momento en medio de una intensa especulación respecto a su potencial para ofrecer gratificación sexual, a través de ese oscuro objeto del deseo que se denomina pornografía.

La pornografía es un producto de la tecnología y la modernidad. El término pornografía es relativamente reciente ya que entra en uso a fines del siglo XVIII para referirse a los escritos acerca de prostitutas. El erotismo en imágenes y textos existe prácticamente desde hace 27,000 años, un tiempo en el que los hombres que no sabían hacer platos ni vasijas útiles, sin embargo, esculpían voluptuosas figurillas femeninas en barro cocido, como la célebre Venus de Willendorf. Con la aparición del concepto de pornografía, lo erótico fue separado, con criterios arbitrarios de contenido, entre lo que era aceptable y lo inaceptable. Esta diferenciación fue introducida por las clases poderosas y la elite cultural, que hasta entonces habían tenido el monopolio del consumo del material sexualmente explícito, para sancionar a las masas e impedir que éstas tuvieran acceso a materiales que ellos consideraban peligrosos y que podrían conducir a su degeneración moral. Esta actitud paternalista ocurre debido a un fenómeno tecnológico: el impacto de la imprenta en la cultura, el abaratamiento y distribución amplia de libros e imágenes. No hay que olvidar que poco después de imprimir las primeras biblias y textos religiosos, los impresores se aventuraron por el terreno del deseo. Por lo menos desde 1523 comienzan a publicarse y a circular libros con contenido sexual.

Lo que se busca en la tecnología y en la imagen pornográfica es la novedad y la capacidad de sorprendernos. La tecnología es la continua búsqueda e irrefrenable obsesión con lo nuevo y con mejores maneras de hacer las cosas. Como apunta Lynn Hunt en *The Invention of Pornography*, el hombre tiende a ver la tecnología en términos sexuales y la sexualidad en términos tecnológicos.

Más que un simple catálogo de actos sexuales, posiciones, genitales y rostros de éxtasis, la pornografía captura detalles, gestos y símbolos que de alguna manera entran en resonancia con las fantasías del espectador. Para un observador casual la pornografía puede parecer un género monótono y repetitivo; no obstante, los pornógrafos saben que en su negocio la forma es fondo y por lo tanto siempre están buscando nuevos medios, experimentando con discursos, adaptando todo tipo de formatos y probando prototipos para mantener cautivo a un público siempre curioso y ansioso de novedades. El mismo Marqués de Sade sabía que las posibilidades sexuales del cuerpo eran limitadas, que el número de variantes al coito no era infinito y que la repetición de los mismos actos conducía al aburrimiento; por eso su obra es una prolongada exploración de los límites corporales y de las herramientas para alcanzar los extremos de la sexualidad, los cuales a menudo concluían en lesiones y, en ocasiones, en el desmembramiento del cuerpo.

Así como la revolución industrial introdujo cientos de dispositivos mecánicos destinados a modificar (“mejorar”) nuestra relación con el sexo, la revolución digital ha venido a transformar el panorama del erotismo. Después de dos décadas de impresionante expansión del mercado pornográfico gracias a la videocasetera casera, los pioneros de la pornografía vieron en lo digital una nueva tierra prometida. Así, en poco tiempo expusieron las posibilidades del CD-ROM y de la tecnología interactiva y de ahí se lanzaron a la conquista de internet, un espacio que parece hecho a la medida de este género y que ofrece una enorme cantidad de posibilidades para el erotismo: foros de chat donde varias personas pueden entablar relaciones eróticas a distancia, MUDs (Dominios Multiusuarios), sitios porno del web que ofrecen imágenes, video y audio porno en todas las especialidades posibles, *newsgroups* en los que los participantes pueden compartir opiniones, fotos, video, audio y cualquier cosa digitalizables, show eróticos en los que un cliente puede pedir a una o varias modelos que actúen para él como en un *peepshow*; y *webcams* que ofrecen imágenes voyeuristas en tiempo real con cámaras que espían gente a veces con su consentimiento y otras de manera clandestina. Si algo puede ser muy revelador es que

muchas empresas *dot com* o empresas de internet involucradas en la cyberporno están entre las que han sobrevivido al colapso de la “Nueva Economía Digital” y son de las pocas que producen utilidades.

Se espera que en un futuro cercano se desarrolle la tecnología de los teledildonics, un término acuñado por Howard Rheingold en su *Virtual Reality*, que consiste en actos sexuales simulados en un entorno de realidad virtual en donde el o los participantes pueden tener sensaciones físicas (presión, vibración, humedad, olor) producidas quizá mediante trajes o accesorios con sensores y estimuladores que respondan a lo que suceda en las imágenes, a la manera en que en algunos videojuegos extremadamente realistas los aceleradores de los coches vibran, se sienten los choques en el volante o las armas parecen “dar una patada” al disparar.

La pornografía en línea ha transformado el consumo de este género de manera impactante. Si bien el video hizo muy fácil y simple para cualquiera el poder ver una película porno en la seguridad e intimidad del hogar, la red ofrece un espacio privado para interactuar con todo tipo de fantasía erótica, una mina inagotable de sorpresas y secretos, un flujo enloquecedor de estímulos sexuales y una demencial gama de posibilidades en el terreno donde entran en colisión el sexo y la tecnología. Antes de la red era muy difícil saber siquiera de la existencia de fetiches y prácticas sexuales tan especializadas como la coprofagia, la hierofilia (excitación sexual producida por los objetos sagrados), los deportes de sangre (la serie de prácticas sexuales que involucran perforar la piel, labios, testículos y penes) o el Bukkake (una práctica cada vez más popular, cuyo nombre quiere decir chorrear o salpicar en japonés, y que consiste en que una mujer recibe en el rostro chorros de semen de decenas de hombres). Hoy basta con un poco de paciencia para encontrar comunidades y sitios dedicados a toda clase de actos inusuales y extraños.

Este paraíso erótico digital en el que aparentemente podemos sentirnos seguros de expresar nuestros deseos más inconfesables y en el que podemos descubrir los rincones inimaginables de nuestros propios deseos, presenta un pequeño problema al cibernauta: en la red todos nuestros movimientos dejan huellas que pueden ser seguidas por curiosos, criminales y, peor aún, por la policía del pensamiento. La misma legión de censores que tomó la inspiración del “protector para la esposa” de John Beers para engendrar docenas de máquinas atroces destinadas a extinguir toda tentación se dedica hoy a perseguir el deseo enarbolando su nueva causa célebre: la lucha contra la pornografía infantil y la pedofilia. Si bien éstos son crímenes reales que deben ser perseguidos, la nueva cruzada de los cyberpolicías del eros está llevando a la red a una nueva era victoriana de represión, paranoia y humillaciones públicas.

* **Naief Yehya.** Escritor. Su más reciente libro es *El cuerpo transformado*, que explora las relaciones entre humanidad y tecnología.